

KATHERINE

PANCOL

ESCARLATA,
POR FAVOR



Julio de 1968, tres amigas abandonan su ciudad de provincias para vivir en París.

Dieciocho años, todos los desafíos por delante y una certeza: la vida les pertenece.

Pero el mundo no se va a dejar conquistar tan fácilmente.

La vida no es un cuento de hadas ni una película de cine.

Esta novela de aprendizaje nos cuenta los sueños y las ambiciones de toda una generación.

Al dulce daddy...
A Laurent Chalumeau.
A Dora, a Lolo...
A Arthur...

Detrás del mostrador de la zapatería El Gato con Botas, Juliette maldice. El guapo René, aquel a quien todas las chicas de Pithiviers miran de reojo, el mismo cuyos ojos verdes, mechón castaño y cazadora hacen temblar incluso a las más decididas, aquel del que ella ha logrado apropiarse tras semanas de constante seducción..., el guapo René es un bluf.

Un bluf solapado, pues su falta de fogosidad no se aprecia a primera vista.

Con los primeros abrazos multiplica su atractivo, las mil y una caricias, los dedos que revolotean, la boca que sigue, alerta, el ojo verde con motitas marrones que acecha el grito de rendición, el grito del *tomahawk* plantado en la cima del orgasmo final.

Juliette estaba dispuesta a abonarse a ello de inmediato. Es tan guapo... Todo el mundo desea un trozo de él y además posee cierta habilidad sexual. Un príncipe azul que ha leído el *Kamasutra* sin saltarse ni un párrafo. Es el mejor. Sin duda. Es él. Lo reconozco. Él es aquel con quien soñaba cuando era pequeña, de noche en mi cama...

En tres noches ella había creído volverse esclava de por vida. Eso debió de asustar al guapo René porque, a medida que las sesiones se multiplicaban, su ardor iba disminuyendo, mientras Juliette contemplaba afligida los estragos del tiempo en la libido de su héroe.

Él le da la vuelta, se posa sobre ella cual papel carbón y la besa como un buen padre de familia que piensa en el inventario de su tienda. La tarde anterior se quedó dormido ante sus narices. Dor-mi-do mientras a ella se le hacía la boca agua ante la idea de la noche que comenzaba. Tendido

de espaldas, con los brazos cruzados bajo la nuca y, a modo de excusa, una palabra prestada de los tópicos de la vida conyugal: fatigado.

Uno nunca está fatigado cuando tiene ganas, había pensado Juliette.

—Si duermes es porque no tienes ganas.

—Duelmo porque he reparado tres motores durante mi jornada —es mecánico en el taller de Mail— y ni siquiera he tenido tiempo para comer...

Mentiroso. Ladrón de estremecimientos. No tienes ganas y punto. ¿Y por qué?, se pregunta Juliette acodándose sobre el mostrador. ¿Acaso hay algo en mí que no va bien? ¿Por qué me confisca mi *tomahawk*? ¿Es que mis pinturas de guerra no son suficientemente bonitas? Ha debido de reparar en otra joven piel roja allá por la pradera...

Su furia se apacigua. Ya no confía en sí misma. ¿Y si fuera culpa mía? ¿Si no fuera lo suficientemente experta...? Tal vez no le gusten mis nalgas. O puede que no tengan buen sabor. ¿Y si estuviera echando un culo enorme? ¿Un culo que acabara con las mejores intenciones?

La campanilla de la zapatería suena. Basta con pisar el felpudo para que tintinee. Una idea de su padre. Al igual que el caballo balancín para los niños y los globos pegados al techo con los que obsequian cualquier compra por encima de cincuenta francos.

—¿Qué desea?

Juliette se comporta como una vendedora solícita.

—Desearía unos tenis. Algo que sea muy cómodo... para jugar...

¡No me digas, estúpido!, piensa ella, no va a ser para colgarlas en la pared.

—¿Qué número?

—El cuarenta y cuatro.

Le hace sentarse y se mete en la trastienda. Se ocupa de la tienda de sus padres todos los días desde las nueve

de la mañana al mediodía. Para ganar un poco de dinero. Luego su madre la reemplaza.

Se encarga del negocio mientras trata de decidir qué hacer con su vida. No por tener aprobado el bachillerato se está mejor informado. Especialmente en ese julio de 1968 en que el fantasma de la revolución apenas acaba de alejarse y la gente, boquiabierta, intenta recuperar el aliento. Para su padre, la universidad es definitivamente un lugar de perdición. Juliette solo tiene que mencionar el nombre de Cohn-Bendit para que a él le dé un patatús y enrojezca... No va a tener más remedio que decidirse. ¿París? ¿Orleans? ¿Qué universidad? Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro. Aigle Hutchinson en blanco ya que son para derrapar por las pistas... No está mal ese hombre. Debe de ser un turista. O un parisino en su residencia de verano. Si no ya habría reparado en él. Tiene un don infalible para localizar a los chicos guapos. Su ojo crepita como la vara de un zahorí y su cuerpo se queda inmóvil en una pose propia de una Marilyn de calendario. Incluso a pesar de todos los problemas que le causa René, a este lo habría fichado seguro.

De cerca está aún mejor. Rubio, de piel bronceada, ojos marrones que se rasgan hacia las sienes, nariz un poco respingona, de al menos un metro ochenta y manos largas.

Es curioso pensar en los clientes que le da por examinar.

Normalmente no suele entretenerse y les mira de reojo cuando resoplan al atarse los cordones. Pero, en esta ocasión, continúa observándole mientras él tantea la punta del calzado para medir hasta dónde llega su dedo gordo.

—¿Desea una horma más ancha?

Él hace un gesto de negación.

—Puede caminar un poco si quiere, con tal de que no salga fuera...

Nunca se sabe: el otro día una imbécil atravesó la calle de la Couronne para enseñarle su esmalte de uñas a la pescadera.

—No, así está bien. Me los llevo. Muchas gracias, señorita.

Muestra una larga sonrisa seductora un tanto mecánica, casi profesional. Sabe que gusta a las mujeres.

—Son setenta y cinco francos.

Es preciso que averigüe de dónde viene con esos dientes tan blancos, su raqueta y sus enormes pies.

—¿Vive en la región?

—Soy el hijo del señor Pinson.

—¡Oh! Es usted... Nunca le habría reconocido...

La última vez que le vio fue el día de su primera comunión. Los Pinson habían sido invitados. Más tarde las dos familias se dejaron de ver. «Mi hijo es parisino», repetía con orgullo la señora Pinson. En el pueblo se rumoreaba que había triunfado en el mundo de la publicidad y que poseía un coche Lancia azul marino. Sería un buen tema de conversación para la cena.

Tenía que conseguir que su padre le diera permiso para ir a bailar. El hijo de los Pinson serviría para entrar en materia. A menudo, una información juiciosamente escogida lograba disipar el mal humor familiar. Incluso podría decir que iría con él, en su Lancia azul, y que le había pedido matrimonio. La publicación de las amonestaciones era la obsesión de Pithiviers.

—¿Quiere un globo? Es regalo de la casa...

Él ríe.

—Es usted la vendedora perfecta. Si sigue así, le auguro un gran éxito...

La mira más de cerca y Juliette se sonroja. Siempre se sonroja cuando la miran con tanto detenimiento. Eso la reafirma y la intimida a partes iguales. Es como si le presentaran a una bonita joven y le dijeran que es ella. El único inconveniente de los halagos es que le hacen transpirar y eso le engrasa el pelo. A este paso el champú le va a durar un día menos.

—¿Y cómo es París? —pregunta.

Es increíble Mail lo torpes que podemos ser cuando nos sentimos intimidados. Él muestra una leve sonrisa que le marca un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Grande, excitante, lleno de polución... Déjeme que piense... ¿Qué más?

—Es posible que me traslade allí en septiembre. Tendría que matricularme en la facultad... En París o en Orleans, aún no lo sé...

—Escuche, si decide ir a París, llámeme. Al principio es probable que se sienta un poco perdida... Si puedo ayudarla...

Juliette le da las gracias. Cada vez transpira más. Si continúa con tantas amabilidades, sus cabellos acabarán definitivamente grasos. Sacude la cabeza para que no se dé cuenta.

Él saca una tarjeta de visita de su cartera y se la tiende. No quiere correr riesgos. Una chica muy mona, esta jovencita, tal vez un poco provinciana, pero tiene una mirada avispada que le gusta. Los cabellos negros que se rizan alrededor de su cabeza, los ojos también negros, una boca que brilla, los dientes muy blancos y uniformes, un lunar en el nacimiento de la nariz. Tal vez un poco maquillada de más como todas las chicas de provincias que leen las revistas femeninas y siguen sus consejos al pie de la letra. Muñecas finas, pecho redondo... Por el momento el mostrador le impide juzgar el resto.

—¿Cuántos años tiene, Juliette?

—Dieciocho y medio... Y no me diga que es una bonita edad. Detesto mi edad. Me gustaría ser más mayor...

—¿Y por qué?

Porque a los dieciocho años se tienen ganas de todo y de nada, se quiere todo y, al mismo tiempo, no se sabe por dónde empezar.

—No lo sé...

La mirada oscura se hace más intensa. Las pestañas se abaten. No son sus ojos los que son tan negros, son sus

pestañas. Gruesas, largas, espesas y curvadas en la punta.

—¿No le han dicho nunca que tiene unos ojos preciosos?

Se echa a reír.

—¡Oh, no! ¡Usted también...! Cuando era pequeña la gente me paraba por la calle para preguntarme si llevaba pestañas postizas...

Se ríe y todo su rostro se llena de audacia.

No es posible que los honrados Tuille hayan sido capaces de engendrar semejante fenómeno. Deben de sentirse completamente sobrepasados. Sin saber cómo manejar la situación. La campanilla hace tilín, tilín y una familia de veraneantes invade el local.

—Bien, escuche, ahora debo marcharme... Si va a París no se olvide de llamarme, ¿eh?

—Lo prometo.

Le tiende la bolsa con sus deportivas con una gran sonrisa y se gira hacia los recién llegados.

Me quedará un momento más hasta poder ver lo que se oculta detrás del mostrador, se dice él.

Y no queda defraudado: largas piernas, culo redondo, cintura fina... Moldeada al milímetro en una ajustada minifalda.

¿Cómo harán para sentarse? Siempre se lo ha preguntado.

La familia le mira con insistencia. Debe de tener un aspecto extraño, ahí plantado en mitad de la tienda con su paquete en la mano.

Juliette lo ha observado y sabe el motivo. Desde hace tiempo, ha comprendido que si quiere impresionar a los hombres le basta con levantarse y dar algunos pasos. Se ríe suavemente en la trastienda mientras repasa las cajas. El hijo de los Pinson es como todos. Solo el guapo René es diferente. Y ese pensamiento evapora su buen humor...

«Trágico accidente en la estación de Malesherbes: una mujer se arroja con sus dos hijos bajo un automotor procedente de París», lee el señor Tuille mientras se lleva una cucharada de sopa a la boca.

El señor Tuille lee el periódico en la mesa: los grandes titulares y los deportes en la comida, la política y los sucesos diversos en la cena. Está suscrito a *La République du Centre*.

—¿Y qué más? —pregunta la señora Tuille en un impulso.

No es que sea malvada, pero el relato de una buena catástrofe, con cuerpos despedazados y sangrientos miembros desparramados, le hace estremecer hasta el día siguiente, a la vez que la tranquiliza. Con tanta desgracia alrededor, uno se siente más reconfortado.

—Los tres muertos —responde el señor Tuille rebañando su plato con un trozo de pan—. Otra vez serán los contribuyentes los que deban pagar. Nunca dejamos de pagar por los irresponsables. ¿Sabes cuánto le cuesta al Estado un suicidio?

La señora Tuille y Juliette sacuden la cabeza. Se saben de memoria la cifra exacta, así como el precio por una reanimación o por despejar una vía férrea.

Cada vez que escucha a sus padres, Juliette se siente terriblemente cansada. Me agotan a fuerza de repetir siempre las mismas frases.

—Papá, ¿puedo salir esta noche? Bénédicte da una fiesta por sus diecinueve años.

Vaya, se dice, debería haber esperado a que digiriera el coste del suicidio en las vías.

—¿Eh? Sí... Los Tassin son gente de bien. Pero te quiero de vuelta a medianoche, ¿entendido?

Ella asiente débilmente. Siempre es lo mismo. Cuando uno piensa que será muy complicado, obtiene el permiso

enseguida y, cuando la cosa parece fácil, ve cómo se lo niegan. Los padres son imprevisibles. Para su padre y su madre, hay gente de bien y gente que no es de bien. Los padres de Bénédicte forman parte de la primera categoría, mientras que los padres de Martine pertenecen a la segunda. Los criterios para pertenecer a una u otra se resumen en una sola palabra: éxito. Los Tassin tienen una bonita casa, un bonito coche, un bonito césped, hijos guapos: han triunfado. Los Maraut —los padres de Martine, su otra amiga— son trabajadores de la Azucarera de Pithiviers y venden *U Humanité-Dimanche* a la salida de misa: no han triunfado.

Bénédicte lleva largas faldas escocesas de lana que le compran en Inglaterra, un pequeño collar de perlas y un pañuelo de Hermès anudado alrededor de su bolso de Hermès: Bénédicte tiene estilo. Martine lleva el pelo rubio despeinado, minifaldas de escay, los párpados pintados de verde pistacho y carmín en los labios: Martine no tiene clase.

Eso es precisamente lo que a Juliette le gusta de ella: no se parece a nadie. Al menos a nadie de Pithiviers. No tiene miedo de ser diferente. De hecho es la única que ha mostrado interés por los sucesos del mes de mayo. Ha adoptado todos sus eslóganes. Bueno..., aquellos que le convenían, aquellos que proclamaban la liberación sexual y el rechazo a la autoridad. «Prohibido prohibir», «Seamos realistas, pidamos lo imposible»...

Tal vez gracias a esos «sucesos», Bénédicte, Juliette y Martine han conseguido aprobar las tres el examen final del bachillerato.

El señor Tuille deja su periódico suspirando. Los señores Tuille lo ignoran todo sobre la vida sexual de su hija. Juliette toma la píldora aprovechando las recetas que un médico le da a Martine. «Hace la vista gorda porque piensa como mis padres —le ha explicado Martine—, tiene la sensación de traicionar a la sociedad cada vez que me acues-

to». Juliette vive sus aventuras lejos del domicilio paterno, casi siempre en el asiento de los coches, el sábado por la noche después de haber estado en la discoteca. Algunas veces en camas, pero raramente. Sus amantes no tienen casi nunca poder adquisitivo suficiente como para poder vivir su libido sobre un colchón Dunlopillo. El guapo René es el primero que posee un estudio y un gran lecho *king size* para dos personas. Eso es lo que pone en la etiqueta al pie del colchón.

Con René casi todo es comodidad. Casi todo, porque para reunirse con él se ve obligada a salir por el tejado, al darle sus padres permiso solo hasta medianoche. Ella regresa ostensiblemente antes de esa hora y luego sale por la ventana de su habitación. Arriesgándose, siguiendo el canalón en la oscuridad y caminando por las juntas de la pizarra. Pero vale la pena. Pasan cosas muy interesantes dentro de los coches o en la cama *King Size* el sábado por la noche...

No saben nada de mí, piensa Juliette contemplando a su padre y a su madre. No les interesa. Prefieren hablar de Pompidou y de los acuerdos de Grenelle, de la cuarta semana de vacaciones pagadas y de la muerte del canónigo Kir...

—¿A que no sabéis a quién he visto hoy en la tienda?

Ellos alzan bruscamente la cabeza a un tiempo.

—Al hijo de los Pinson.

—¡Y nos lo dices ahora! Pero venga, cuéntanos... El hijo de los Pinson...

—Eh, bueno..., vive en París y me ha dejado su tarjeta por si algún día voy por allí...

—Está muy bien ese joven... Al parecer ha triunfado en París. El otro día precisamente...

Juliette ya no escucha. Se pregunta qué va a ponerse esa noche para bailar en casa de Bénédicte.

Una fiesta sorpresa en casa de los Tassin es siempre un acontecimiento. Esa noche, el señor Tassin ha iluminado todo el jardín de la vieja casa, bautizada como «la Tassinière» y ubicada en la avenida de la République, en la zona residencial de Pithiviers. La fachada recubierta de parra virgen y madreselva está decorada con farolillos del 14 de julio y, por las grandes puertas de cristal de la planta baja, se escucha «Rain and Tears» de Aphrodite's Child.

Juliette se tuerce el pie por el camino de grava blanca y suelta una maldición. Cuando se agacha para frotarse el tobillo distingue a tres chicas del liceo que llegan cogidas del brazo. Las Tres Gracias, los árbitros de la elegancia. Se pregunta de pronto si no ha cometido un error al ponerse ese vestido de princesa con estampado de violetas, pero las tres chicas la saludan amablemente y se endereza, aliviada. No, son los zapatos los que no pegan. Estoy segura de que los zapatos no van... De todas formas, ahora mismo nada pega. Tendría que cambiar de aires, ver otra cosa...

Bénédicte está a la entrada recibiendo a sus invitados.

Bénédicte Tassin es la cuarta de una familia de seis hijos. La tribu Tassin forma un conjunto de ritos y de historias que se cuentan en el gran comedor robándose la palabra unos a otros. En casa de los Tassin, Juliette tiene a menudo la impresión de estar sometida a un examen. Nunca sabe cómo sostener el cuchillo o qué responder al hermano mayor que cita a Saint-Simon.

Hasta Martine está impresionada por Bénédicte. Delante de ella, Juliette y Martine moderan su lenguaje. Esa es sin duda la razón por la que no son amigas íntimas. A pesar de haber compartido los mismos bancos del colegio. Martine sostiene que Bénédicte forma parte de un club del que Juliette y ella no son miembros. Un club en el que la gente tiene dinero y cultura de forma natural, en el que se lee a Montesquieu como si fuera *La République du Centre* y don-

de se cuecen las buenas maneras y la prosa de *Madame de Sévigné* junto con la bollería diaria del desayuno. Los miembros de ese club tienen la tez rosada, el cabello brillante, ni una mínima pústula o rastro de caspa.

—Esa gente no come nunca conservas, ¿sabes? —le había explicado Martine—, solo productos frescos y vitamizados. Así que lógicamente...

Así que lógicamente Bénédicte está a gusto en todas partes. Y nunca se agobia por el estampado de su vestido o el color de sus zapatos. Ni siente el corazón pesado cuando el guapo René se retrasa.

—¿Y qué, princesa, soñando con el ausente?

Es Martine. Arrastra a Juliette hasta un sofá donde las dos jóvenes se dejan caer.

—Más te valdría ocuparte de tu gélido enamorado. Está ahí devorándote con los ojos —indica Juliette haciendo un gesto con el mentón hacia un joven de apariencia poco agraciada que no quita ojo a Martine.

Lleva una americana azul marino cuyas mangas demasiado largas le cubren las manos y se pasa todo el tiempo tratando de colocar un largo mechón rubio detrás de su oreja derecha. Al hacerlo deja a la vista unas uñas negras de tierra que hacen estremecer a las dos chicas.

Se llama Henri Bichaut. Es el chivo expiatorio de su pequeña pandilla. Desde hace siglos profesa una adoración muda por Martine a la que contempla abriendo las fosas nasales como las agallas de un pez.

—Muchas gracias —contesta Martine—, el día en que me abalance sobre él será porque esté auténticamente desesperada.

—Sin embargo, es un buen partido —continúa Juliette—, tiene dinero, tierras, y parece que...

—No sigas —la interrumpe Martine—, dices eso porque estás celosa. No será con el guapo René con quien harás fortuna...

—El guapo René es un bluf en la cama —farfulla Juliette entre dientes.

Se arrepiente al instante de haber soltado esas palabras. Al articular en voz alta la nulidad en la cama de su héroe, ¿no habrá arruinado su impulso de arrojarle en sus brazos? Bueno, por el momento, el guapo René es su razón de vivir. Solo con contemplarlo, se conforta. Aunque lo considere un bluf, sucumbe en cuanto le ve. Es más fuerte que ella.

Una tarde fueron a la piscina de Pithiviers-le-Vieil. Durante todo el trayecto estuvieron de morros. René hubiera preferido entrenarse en el circuito de *motocross*. En la piscina, un amigo les había mostrado unas fotos de ellos tomadas durante una fiesta. Juliette no había podido apartar los ojos de la foto. ¡Qué guapos salían! ¿Esa era ella? ¡Con él! Parecían dos enamorados modélicos. René la estrechaba contra él, Juliette sonreía, derretida y abandonada. Había recortado la foto y la había guardado en su cartera de plástico, la misma en la que llevaba su carné de identidad y sus vales de la cafetería. Cuando no estaba muy segura de sí misma, le bastaba con contemplar la foto para que los colores regresaran a su cara. Para eso servía el guapo René: para reafirmarla por medio de una vieja fotografía.

—¡Estaba segura! —exclama Martine—, es demasiado guapo para ser real...

—¿Cómo dices?

—Bueno, verás... Todas las chicas caen rendidas en sus brazos. Demasiado fácil. Es lo mismo que les pasa a las chicas guapas... Él se recrea en la mirada de los otros y ya no sabe quién es. No siente ningún deseo...

—¡Me sacas de quicio al explicarte así! Tal vez sea culpa mía... Tal vez no sepa cómo comportarme...

—Déjalo, el guapo René es como un libro abierto. Está tan acostumbrado a que le tomen al asalto que ha perdido toda iniciativa...

Y lo peor es que tiene razón. Él aguarda con los brazos pegados al cuerpo o cruzados detrás de la nuca. Como si